

Cuento chino

Silvia Molina

Autora de libros como La familia vino del norte, El amor me juraste, Dicen que me case yo y Un hombre cerca, entre otros, Silvia Molina ha cultivado la novela, la crónica y el cuento. A continuación la autora nos ofrece una muestra de su más reciente producción cuentística.

Se subió al taxi que lo iba a llevar al aeropuerto, cuando su mujer le preguntó si traía consigo el pasaporte. Le dijo que no, que no iba a tener tiempo de cruzar la frontera. Llegaba a Tijuana por la tarde, de allí a cerrar la auditoría y después a descansar unas horas para salir rumbo a Mexicali a la mañana siguiente, a supervisar a los auditores de la sucursal; y al amanecer, de regreso a la Ciudad de México.

Todos sus viajes eran así: fugaces. Estaba cansado de dormir en hoteles impersonales y de comer mal. Los últimos meses había subido diez kilos.

—Llévate el pasaporte —insistió ella.

—Te digo que no podré cruzar la frontera.

—Espere —ordenó su esposa al chofer—. Voy por el pasaporte de mi marido, ¿qué tal si se le ofrece?

A Pedro Sánchez, auditor de New Star de México, se le hizo una necedad. Aquél era un viaje como todos, con un itinerario que no permitía nada fuera de él.

Llegó a Tijuana a las cuatro de la tarde. Hacía frío, un frío intenso que le heló los huesos y lo obligó a ponerse la chamarra. Lo recogió Miguel, el asistente del director.

—¿Tuvo buen viaje, contador?

—Dormí todo el camino —dijo satisfecho.

En la camioneta, Miguel le pidió el número de su teléfono celular.

—Démelo usted por cualquier cosa.

En el trayecto fueron hablando del tiempo. Pedro jamás comentaba la situación de sus auditorías. Era precavido y discreto. Si alguien lanzaba el anzuelo, él guardaba silencio, cambiaba la conversación.

Llegaron al hotel. Mientras Pedro se registraba, le ordenó al chofer que pidiera en el restaurante un sándwich de pavo y una ensalada para llevar, y subió al quinto piso a dejar la pequeña maleta negra que jalaba. Entró en el baño a orinar, se lavó los dientes y las manos, se vio en el espejo con detenimiento para ver si necesitaba rasurarse; y luego sacó de su maleta un suéter azul de lana que se puso y bajó con la chamarra en la mano.

Camino a la compañía que auditaba, Pedro se fue comiendo el sándwich en silencio.

Estuvo trabajando toda la tarde y parte de la noche con los contadores de la compañía que vendía teléfonos celulares. A la una de la mañana, llamó a Miguel y le pidió que fuera a recogerlo:

—Ya sé que no son horas, Miguel, pero...

—Voy enseguida, contador.

Pedro estaba rendido y hambriento: había cenado una pizza y tomado varios refrescos para contrarrestar el cansancio. Cuando Miguel lo dejó en el hotel, le preguntó:

—¿Vengo por usted mañana, contador?

—Van a pasar por mí a las ocho. Vienen de la sucursal a recogerme.

—Que tenga buen viaje —se despidió Miguel.

Antes de dormir, Pedro pasó al Centro de Negocios del hotel y envió por fax a su director en México el resultado de la auditoría, escaneó los papeles, los envió a su propia cuenta de correo electrónico, y enseguida los destruyó. Luego hizo una breve llamada de larga distancia, para explicar su descubrimiento.

Durmió profundamente. Estaba rendido por el esfuerzo, pero había encontrado la comprobación del fraude.



A las ocho en punto estaba en el *lobby* del hotel desayunado y listo, con su maletita negra, esperando.

—¿Es usted el contador Sánchez? —le preguntó un hombre cercano a los cuarenta años.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Tengo órdenes de llevarlo a Mexicali, señor.

Jaló su maleta, la colocó en la cajuela y abrió la puerta del coche. Quedó sentado al lado del chofer. Hubo silencio hasta que Pedro lo rompió.

—¿Cómo se llama?

—Mauro, señor. Mauro Vega Lee.

—¿Lee?

Mauro comenzó a contarle su historia: tenía ascendencia china. Su bisabuelo había entrado por los Estados Unidos, a donde había llegado de Cantón, atraído por la Fiebre del Oro en California; invitados los *coolies* por Porfirio Díaz a colonizar el país, llegó a Mexicali junto con otros compatriotas que habían sufrido la discriminación de los americanos y los europeos que trabajaban en las minas. El bisabuelo, campesino de tradición confusionista, había salido de Cantón huyendo del maltrato de los ingleses que favorecían el cultivo del opio, y al llegar a Mexicali se dedicó al cultivo del algodón, y con lo ahorrado puso una mercería. Los chinos de Mexicali se habían multiplicado como conejos y vivían escondidos en las trastiendas. Las mujeres, sobre todo. Su padre, un empleado del ayuntamiento, jugando fútbol había volado la pelota sobre la barda de la familia Lee. Montó para ver dónde había caído y descubrió a unas chinitas lavando ropa. Todas corrieron a esconderse menos una joven alta y espigada que sacudió el agua enjabonada de sus manos, caminó hacia la pelota, la tomó y la aventó

del otro lado de la barda. Casi no hablaba español.

Era cierto, Mauro tenía los ojos ligeramente jalados, además de aquel color amarillento matizado por el sol.

Tomaron la carretera; a poco rato, las montañas de la Rumorosa los recibieron imponentes. Pedro admiraba aquel paisaje desértico: las montañas de piedra, los picos, los colores cobrizos de las rocas.

El viento era tan fuerte que intentaba mover el coche. Pedro Sánchez iba escuchando la historia de los chinos en Baja California mientras disfrutaba el panorama hasta que de pronto sonó su celular:

—¿Contador Sánchez?

—¿Quién habla?

—Miguel, contador. ¿Dónde está?

—En la carretera —dijo—. Camino a Mexicali.

Hubo un silencio.

—¿Miguel?

—En el hotel está la camioneta que fue a recogerlo, contador. ¿Con quién anda?

No se asustó. El hombre a su lado no parecía un secuestrador y su historia era, más que un cuento, vivida. Mauro conocía bien los laberintos del contrabando humano: los chinos que heredaban los pasaportes y los papeles, los que nunca habían aprendido una palabra de español... Lo escurridizo de sus hombres.

—Estoy con Mauro —respondió.

—¿Mauro?

—Mauro Vega Lee. De los chinos Lee de Mexicali.

—Un momento, contador. No cuelgue —dijo la voz inquieta de Miguel.

Pedro sabía que Miguel estaba verificando si el nombre del chino que iba a su lado era conocido. Pensó en

el fraude que había detectado, y un ligero escalofrío le recorrió el cuerpo.

—No hay ningún Vega en la sucursal, y mucho menos un Lee. Los Lee no son de Mexicali, contador.

Hubo otro largo silencio.

—La carretera a Mexicali está cerrada por una tormenta de nieve, contador.

—No puede ser. Por ella vamos.

—¿Qué pasa? —preguntó el conductor.

—Piensan que me trae secuestrado —respondió con naturalidad.

Mauro Vega Lee no se inmutó: ni sonrió ni puso un gesto de seriedad, siguió concentrado en el volante.

Miguel insistió:

—La carretera de la Rumorosa está cerrada por tormenta de nieve. ¿Entiende? Así que no va por la Rumorosa. Le repito que la camioneta que mandaron de Mexicali por usted está esperándolo en el hotel. Al no encontrarlo llamaron a la dirección porque pensaron que andaba conmigo. Me mandó el director al hotel a ver qué pasaba.

Se volvió hacia Mauro y por un momento dudó, pero le soltó de golpe:

—¿Me trae secuestrado, Mauro? Dicen que la carretera a Mexicali está cerrada por una tormenta de nieve.

Por toda respuesta Pedro escuchó:

—Venimos por ella.

—Venimos por la Rumorosa —insistió al teléfono.

—¿No ve un letrado por allí, contador? Un anun-

cio, algo que nos sirva para ubicarlo?

En realidad ya lo había estado buscando porque le acababa de despertar el miedo. De pronto se dio cuenta que el chino Lee no había contestado completa su pregunta.

—No. No hay ningún letrado.

—Voy a colgar y si ve algún letrado, me llama.

Volvió a la conversación de los chinos para aparentar tranquilidad. Los chinos encerrados, una enfermera cómplice que se internaba por las colonias marginales, por casas secretas para atender a los enfermos llegados de contrabando... Ningún letrado en la carretera. Ninguna señal de tormenta de nieve. Ninguna.

Habían pasado quince minutos y decidió marcarle a Miguel cuando sonó el teléfono.

—¿Vio algo, contador?

—Nada.

—Pues ya investigamos la noticia de la radio y, efectivamente, la carretera está cerrada por la tormenta de nieve.

Pedro Sánchez guardó silencio, pero de pronto unos delicados copos de nieve empezaron a caer.

—Está nevando, Miguel —descansó.

—Buena señal, contador. Le llamo en un rato.

No habían pasado ni cinco minutos cuando llegaron a un punto en que la carretera estaba, efectivamente, cerrada. Entonces el chino Lee le preguntó si traía consigo el pasaporte para cruzar por Tecate, y el contador Sánchez recordó la insistencia de su mujer.



© Enrique Rosalva



Apenas dieron vuelta, el chino Lee sacó su teléfono celular y marcó un número.

—Cambio de carretera por tormenta de nieve. Voy a llegar tarde a comer, pero sin novedad —dijo y colgó.

Una llamada extraña, le pareció al contador Sánchez, y empezó a dudar de su acompañante. ¿A quién le había hablado? No parecía que a un familiar, desde luego.

—¿Cómo iremos?

—Por Calexico, señor.

El contador Sánchez subió el zíper de su chamarra, recargó la cabeza en el cabecero del asiento y cerró los ojos. No podía hacer nada, estaba a merced del conductor quien fuera. No podía abrir la puerta y tirarse, no aguantaría el frío ni el viento que lo hacía más intenso.

El chino Lee condujo en silencio. Atrás se habían quedado la nieve y las historias de los chinos, hasta que al llegar a la garita de Tecate, el agente aduanal les pidió sus papeles.

Mauro Vega Lee mostró, sin entregarla, una identificación que parecía una tarjeta de residente. Enseguida el agente miró a Pedro Sánchez que mantenía las manos en las bolsas de la chamarra:

—Pasaporte.

—No traigo, señor —contestó Pedro Sánchez, y abrió la puerta del coche para bajarse.

—Dijo que traía pasaporte —reclamó el chino Lee—. Tengo que llegar a comer. Se me hace tarde. Ahí lo dejo.

—Creo que lo perdí, no lo encuentro —contestó tranquilo, caminando hacia el agente y diciéndole adiós al chino Lee con la mano izquierda.

Mauro Vega Lee arrancó despacio. Parecía que iba a orillarse, pero se siguió de frente sin mostrar ninguna prisa. De pronto desapareció en el horizonte, como en un cuento fantástico: se esfumó con sus historias, su secreto y la pequeña maleta negra que iba en la cajuela del coche.

—¿Su amigo?

—Tiene prisa por llegar a la reunión. En cambio yo...

Pedro Sánchez hizo que buscaba entre su ropa el pasaporte y finalmente lo sacó de la bolsa de la camisa y mostró.

—Lo siento. Pensé que lo había dejado en el hotel. Estaba seguro, pero creí que podía cruzar con mi credencial de elector.

No sabía qué contarle al agente aduanal y decidió abreviar un interrogatorio que podría prolongarse inútilmente: no tenía ni la más remota idea de quién era Mauro Vega Lee, si así se llamaba y si era de ascendencia china.

Pedro Sánchez marco en su teléfono un número.

—¿Miguel? Estoy en la garita de Tecate. Venga por mí. Mauro tenía prisa. Se adelantó a la reunión. Dígame al director que hable a Mexicali para decir que todo está en orden, que llegaremos más tarde.

Colgó sin dar tiempo a Miguel de hacer preguntas. Caminó hacia una máquina para comprar un café. Hacía un frío cortante.

Aquella historia no tenía final, fue un acto de prestidigitación. Un cuento chino, sonrió, y bendijo a su mujer mientras trataba de entender qué le había sucedido, quién era aquel hombre que lo había recogido en Tijuana y para qué. ■

Llegaba a Tijuana por la tarde, de allí a cerrar la auditoría y después a descansar unas horas para salir rumbo a Mexicali a la mañana siguiente, a supervisar a los auditores de la sucursal; y al amanecer, de regreso a la Ciudad de México.